

Conocer a partir del hambre

Ida (s) y Vuelta(s) sobre la domesticación del gaucho

Emiliano Scariciottoli

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Resumen

Los antagonismos entre ricos y pobres, el burgués y el proletario, el patrón y el obrero, en el marco del proyecto político y genérico de la literatura gauchesca del siglo XIX, remiten a otro tipo de entidades (o sujetos sociales, como este trabajo rebautizará, dentro de la dimensión ideológica confusa del fenómeno conocido como “bandolerismo”), la del inmigrante, la del campesino iletrado, a una “realidad criolla” que itenera de la gauchesca al folletín y sus sucesores, abriendo espacios de convergencia y disensiones motivadas por el único móvil de la industrialización del deseo en el Río de la Plata (Rosa, 2006): la ruta del hambre. El Gaucho Martín Fierro y La vuelta de Martín Fierro de José Hernández desembocan directamente en el proyecto modernizador del Estado que ocupó la segunda mitad del siglo XIX con eje en la polémica alrededor del capital de trabajo inmigratorio y el papel intervencionista del Estado Constitucional desde 1853. La gauchesca como esa ficción de “rehabilitación” e higienización del matrero nos permite indagar la figura del “hambre” (en el cuerpo textual) y abriendo un nuevo campo de tensión con la serie de la coyuntura política: los hijos de la Campaña y los hijos de la Ciudad.

Se ha inventao el pecao, y ¿pa' que sirve? Pa' poder ubicar cuatro palabras que son: Eso no se hace.
José Larralde, Herencia pa' un hijo gaucho (1968)

La ruta del hambre

Nicolás Rosa realiza en “La ficción proletaria” (2006) una taxonomía estructural entre el objeto/libro y el objeto/folleto: al primero le asigna “un lugar para aprender”, y al segundo un lugar “para sufrir”. Los antagonismos entre ricos y pobres, el burgués y el proletario, el patrón y el obrero, remiten a otro tipo de entidades, la del inmigrante, la del campesino iletrado, a una “realidad criolla” que itenera de la gauchesca al folletín y sus sucesores, abriendo espacios de convergencias y disensos motivados por el único móvil de la industrialización del deseo (tardío) en el Río de la Plata: la ruta del hambre. La ruta desemboca directamente en el proyecto modernizador del Estado que ocupó la segunda mitad del siglo XIX con eje en su sujeto político-el Urquicismo- y la polémica alrededor del capital de trabajo inmigratorio y el papel intervencionista del Estado Constitucional desde 1853. Es preciso reconocer que Sarmiento no abrazó la causa industrial desde sus comienzos, sino que lo hizo tras darse cuenta que el modelo agro-exportador de materias primas, aún hoy característico de la Argentina, nos conducía inevitablemente hacia el colonialismo y la pobreza. Es decir, depositaba su confianza en el carácter civilizador, industrializador y portador de moralidad del Estado (Peña 1973). Con lo cual, la preocupación radicó en aquellas condiciones históricas y sociales, propias del campo y sus habitantes, que impedían el desarrollo autónomo y consistente de nuestra sociedad. La industrialización requería reconocimiento y acondicionamiento de los caminos. El mismo José Hernández en “El camino trasandino” (1872) reconoce la necesaria “marcha de nuestra civilización” a partir de la exploración de las vías de comunicación comercial y del rastrillaje étnico-social por los territorios “ocupados por

tribus bárbaras y belicosas”. La discusión sobre el destino político y económico del país se traduce como una discusión sobre el lazo indisoluble entre Nación y territorio, Estado y ciudadanía. Y es allí donde Hernández ancla la estabilización del lexema *Nación*: el objeto se construye como una estabilización ligada al control político del espacio, desplazando la tierra como valor económico y como espacio político de la frontera.

Al naturalizar la relación nación/territorio se prepara la exclusión de esa “otra” nación que habita el territorio: el indio. Lo que Hernández no puede hacer con el indio, sí puede con el gaucho: el hambre integra lingüísticamente –en el plano de lo discursivo, que es el que estudio y recorto de un objeto mayor que es el “gaucho” como fenómenos antropológico– a la comunidad animal, se domestica aquello que puede incorporarse al progreso económico del país. Los caminos se viabilizan, y el gaucho se higieniza. En esa ficción de “rehabilitación” e higienización del matrero –ficción en tanto deseos del civilizado por industrializar el cuerpo en el proceso productivo y en el sistema legal y civil del país– se establece una primera argumentación en el plano legal: “La campaña y la ciudad, es una misma población con iguales derechos constitucionales, con idénticos intereses, con aspiraciones confundidas” (Hernández, 1967: 28). Al regularizar el servicio del desclasado dentro de una de las instituciones del Estado –el ejército regular– se realiza una segunda argumentación de aspiración místico-religiosa sobre la aceptación crística de la humillación del pobre; entre los finales posibles, el matrero reconvertido al ámbito legal conduce a la conformidad (lo que Almafuerte o Castelnuevo deformarían en “anarquismo crístico”) inevitable dentro de ese miserabilismo cristiano¹ que repara socialmente al sujeto en una serie de *cárcel-deserción-trabajo*, y justamente, haciendo de la misma cadena una escala providencial a todo el gauchaje: todos pueden, gracias al hambre, recuperar un camino que ahora es ruta, homologando el camino al propio sujeto (individual, la vida de errancia y anomia) y la ruta al colectivo imaginado desde la elite letrada.

¿Cómo encarnar el hambre en la letra?

Volviendo al silogismo de Rosa, que ubicaba en el folleto la preparación para un relato de sufrimientos, cierto es que las subdivisiones genéricas de la gauchesca en moral y criminal es sobre arbitraria francamente absurda; más aun teniendo en cuenta la obra de Gutiérrez, “Hormiga negra” (1881), donde la supuesta oda al prometeo de las Pampas que enseña solo a través del delito, en una proliferación de sangre que opaca el propio sentido didáctico de la escritura, se inventa como burla al vampirismo del lector adicto: “Ya sabemos lo que son novelas...y lo que son cuentos. Ustedes, los hombres de pluma, le meten nomás, inventando cosas que interesen, y que resulten lindas (...) Eso de las peleas con una partida de cincuenta hombres... ¡Es un bolazo de mi flor!” (Gutiérrez, 1933: 45). Mucho más cerca estaba el proyecto de Gutiérrez de una escenografía que incluía a la familia campesina y su autonomía económica, la pulpería, los recreos, etc., que de un realismo amarillo.

Si algo hace el libro para con el folleto es ese filtrado de auditorios analfabetos, recordando la figura de los payadores y del *recitador* (Lois 2003: 198), pero no así sublimar el miserabilismo que pasa por el tamiz del canto. El mismo Hernández en “Cuatro palabras de conversación con los lectores” señala: “El gaucho no aprende a cantar. Su único maestro es la espléndida naturaleza...” (Hernández 1986:101). La confusión entre la expresión del sujeto y la expresión del objeto, va a requerir un esfuerzo letrado, el de reordenar el mundo rural no solo en el plano lingüístico formal –y del cual no me ocupo en este trabajo– sino en el plano de la reconstrucción de su

1 Que no significa otra cosa más que el sometimiento a un mismo medio geográfico, a una lengua y a una religión permitiendo así una herencia cultural posible de ejemplificar en posteriores relatos didácticos que muestren la génesis de la nación, no como una herencia biológica, sino como una pirámide de razas ilustradas en la subordinación y la división clasista de la sociedad mediante el trabajo.

medio social –la pulpería-, es decir, lo glotopolítico, como así también de sus límites naturales y psicológicos, por donde la “aflicción y el desorden” transitan (Sarlo, 1979: 8). El camino no es reglado, no está señalizado a los ojos cosmopolitas, puesto que escapa de los parámetros de un “liberal” (Gramuglio, 1979: 4), como lo era Hernández, y las operaciones de reordenamiento y reconocimiento del mapa matrero necesitan de una referencia epistemológica: ¿cómo hacer una semiosis cotidiana del “hijo de la Campaña”? Si el hambre es un móvil, deja una huella en el camino. El letrado rastrea “un fragmento de tejido semiótico “arrancado” al flujo de la producción social del sentido” (Verón, 2004: 57), a partir de ese rastro indicial, que paradójicamente se construye en oposición a esas “fobias gauchas” por los “libros del pulpero” (Schvartzman, 1996: 169). Los “libros del pulpero” representan la contabilidad del hambre y refractan roles en el plano comunicativo: quién sabe contar, quién sabe leer, quién sabe gobernar. Así instituido el cuadro socioeconómico, discrimina lo anómalo de la vida del gaucho, lo irrecuperable de lo aun extrajudicial (jugando con el campo semántico del circuito financiero): “el indio nunca se ríe” (*Vuelta*, v. 570).² El verso no es trivial, sino unidireccional a comportamientos culturales muy pertinentes para un proceso de incorporación social. Aun durante su destierro en la comunidad animalizada de las tolderías, el gaucho sabe “llorar”, “reír” y “trabajar”, y por ende, es la risa y su potencial fuerza de trabajo lo que lo diferencia del animal, del salvaje que niega en la manifestación de su gestualidad signos de humanidad. El instrumento del relato en esa discriminación entre indio/gaucho es la tradición letrada: los vestigios de *La Cautiva* de E. Echeverría hacen eco de las costumbres vampirizadas –“Pues la sangre que no bebe/Le gusta verla correr” (*Vuelta*, vv. 233-234)–, en los rasgos fisonómicos y el uso de la imagen –“Entre una nube de tierra/se hizo allí una mescolanza/de potros, indios y lanzas/con alaridos que aterran (*Vuelta*, vv. 285-288)–, en lo siniestro del habitat –“La noche por cantos tiene/esos ruidos que uno no siente/sin saber por dónde vienen” (*Vuelta*, vv. 4189-4191). En el plano conversacional, también aparecen ecos de Mansilla y su *Excursión...* como cuando se describen los tiempos oratorios, dice Fierro: “Lo escucho con atención/lo menos tres horas largas” (*Vuelta*, vv. 269-270); y “Nos aviriguaban todo/ Como aquel que se previene” (*Vuelta*, vv. 313-314).

Adentrándose en la pulpería, la voz del gaucho recupera el tema de la inmigración. Lo foráneo en el microclima comunitario gauchesco interrumpe sobre la base de lo que no sabe: el Juez de Paz primero, como móvil de lo gubernamental espurio, ejercitando la “arriada en montón” (*Ida*, v. 311) para el servicio de frontera (relativizando el valor de la palabra “servicio” en las levadas, puesto que no se vendía ninguna fuerza de trabajo sino que se realizaba a razón de la fuerza del aparato represivo); y el gringo mercenario, el “enganchao”, de los que Hilario Ascasubi había contado en Europa, a partir de la misión que Mitre le confiara en 1860. Los soldados que Mitre reclutaba para el gobierno separatista del estado de Buenos Aires se encargarían de “...regar con sangre de federalistas nuestros campos de Cepeda, Pavón y de Cañada de Gómez...” según relata Rafael Hernández en 1862 (Peña, 1975). La interrupción se completa con la distancia entre las facultades que el gaucho vende al lector (letrado) –como detrás de un vidrio en una veterinaria–: “No hacen más que dar trabajo,/pues no saben ni ensillar...” (*Ida*, vv. 895-96). La oposición a la competencia ahora convierte el espacio textual en un currículum vitae donde el shopping de la oferta y la demanda termina con una denuncia explícita: “Todos se güelven proyotos/de colonias y carriles” (*Ida*, vv. 2130-2131). No colonias con hijos del país, como pedían los hermanos Hernández, sino con la nueva población de inmigrantes, la cual empezó a llegar en oleadas en 1875. Carriles entendidos como ferrocarriles, cuya construcción por los ingleses era indispensable para el transporte de los frutos de la Pampa Húmeda destinados al mercado

2 Las citas corresponden, de aquí en adelante, a las siguientes ediciones: Hernández, José. *El gaucho Martín Fierro*. Edición digital: Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. Librería Martín Fierro, 1897, en www.cervantesvirtual.com; *La vuelta de Martín Fierro*. Edición digital: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. Edición digital de Carmen Hernández (ed.) basada en la 2ª ed. de Buenos Aires, Librería del Plata, 1879. En www.cervantesvirtual.com

británico. La denuncia explícita la derrota: es el gringo “enganchao” el que se emplea, mientras al gaucho como “Pobre soldao/le pelan la chaucha...¡ah, viles!” (*Ida*, vv. 2134-2135).

El cuadro de desempleo conduce a otra serie específica, la del gaucho matrero (aquellos que Fierro intenta no ser y de los cuales toma distancia en la *Ida*). Hernández se cuida, y desdobra: lo llamará “gaucho malo” en el canto XIII de la *Ida*, para luego nombrarlo “bandido”, ya con el relato de Picardía, hijo del “guapo Sargento Cruz”. El bautismo nominal no es menor. Hasta donde sabemos, aquel paisano que no portaba su “libreta de conchabo” era considerado mal entretenido y perseguido. Pero el bandido nos dispara hacia atrás (cronológica y espacialmente) con el modus del malón, y hacia adelante con el bandolerismo rural. Al respecto, señala Roberto Carri: “Desde el punto de vista histórico, la acusación de bandolero o bandido tiene muchos antecedentes ilustres en el país y fuera de él. Fueron bandoleros los gauchos de Güemes que luchaban contra España, también lo fueron las montoneras y los montoneros federales (...) También se consideró bandoleros a Sandino y Fidel Castro y la guerrilla cubana (...) [el término “bandolero”] *sirve para cualquier cosa y en definitiva no sirve para nada* si se lo quiere usar desde una perspectiva crítica. Cuando la rebelión no toma un tinte directamente revolucionario también recibe el mismo calificativo, o cuando es un rechazo individual comprendido por las mayorías que lo apoyan” (Carri, 2001: 105-106) El gaucho en Argentina ha tenido un curso paradójico en la conformación del Estado: fue el sujeto propio de la “barbarie” y, por tanto, objeto de persecución y exterminio para cimentar las bases de un desarrollo capitalista. Y fue, también, símbolo de identidad nacional para ese mismo Estado. Es decir, que la construcción discursiva en torno al gaucho tuvo un recorrido, una historicidad particular, que “nace” tomándolo como elemento perjudicial y nocivo a la sociedad, y culmina consagrándolo en paradigma de una nación (Perro, 2008: 22).

En este sentido, la ejemplaridad digna de las formaciones discursivas del mitrismo funcionaría, puesto que se anula lo anómalo y se resalta aquello digno de admiración: la humildad servil del dependiente. La construcción del relato patriótico ejemplar culmina cuando este alcanza su autonomía textual y aparece en compilaciones, lecturas escolares o secciones de la prensa. El contraejemplo de Fierro es la *Galerías de Celebridades Argentinas* (1875) de Bartolomé Mitre. Allí, la clase dirigente porteña se autodeclama representante de la nación y benefactora de la organización del país, fortaleciendo el aparato del Estado, fundamentalmente el militar, y proponiéndoles a las masas figuras con las que puedan identificarse, diferenciándolas de los caudillos y de los gauchos del interior. La operación de disciplinamiento del soldado heroico (gaucho e iletrado, en consecuencia) borra el pasado matrero. La serie criminal de Fierro, sin embargo, no queda elidida: limpiar (el facón), ensillar (el moro) y escapar (al “cañedón”). Es necesaria la *Ida*, y las diferentes *Idas* criminales (Fierro, Cruz, los hijos, etc.) para que el regreso colectivo a las puertas de la ciudad tenga un efecto de inmediatez moral y de justicia. El marco legal de la obra se cierra en la figura del prontuario: la historia criminal (luego, también clínica con la novela naturalista) finaliza con un programa de acción moral que prepara a los “hijos de la Campaña” para vivir como los “hijos de la Ciudad”. Durante todo el canto XXXII de la *Vuelta*, Fierro hace hincapié en el poder de la razón, polarizando el pasado del cuchillo: “Procedan siempre con juicio;/y sepan que ningún vicio/acaba donde comienza” (*Vuelta*, vv. 4759-4761). Con lo cual, la pretensión de civilidad –buscar el sustento mediante el trabajo– representa lo bueno, lo bello y lo cierto: “Es mejor que aprender mucho/El aprender cosas güenas” (*Vuelta*, vv. 4647-4648). Este cierre epistemológico que el gaucho hace en la transición hacia la ciudad, si bien en ningún momento homologa la entrada al mundo de la ley con la entrada al libro, y esa reticencia al saber de los “doctores” como señala Schwartzman (1996) marca una continuidad entre la *Ida* y la *Vuelta*, deja un haz ideológico convencional de la generación del ‘80 y pronostica lo que sería luego el “servicio de lectura” para los obreros sin calificación. De hecho, ya en la historia de raciones que Picardía cuenta en el canto XXVIII de la *Vuelta* –el prototipo de cómo la comida en la frontera

se distribuía según el rango y el círculo de poder-, el “ayudante” al que llamaban La Bruja, quien “pasaba siempre leyendo...pa recibirse de flaire” (*Vuelta*, vv.3789-3791) anticipa e introduce en el intertexto de la época la industrialización y sus consecuencias: migración interna, emergencia de un nuevo sujeto social (el obrero), organización no formal de ese nuevo sujeto social por oficios y nuevas instancias de sociabilización no institucionalizadas de educación clasista (todo el aparato educativo anarquista como doble poder cultural por ser ilegal y clandestino). La lectura en el trabajo es el otro polo de la no lectura en la penitenciaría; indicios, huellas, rastros, antecedentes de una formación política y discursiva motivada por un modo de producción necesitado de mano de obra. La historia criminal, entonces, es el ejemplo ilustrativo que apuntala y desarrolla la ley: Fierro representa esa metamorfosis del vago al peón, del criminal al ciudadano, del camino a la ruta, del hambre al salario, del sufrimiento al exterminio.

Bibliografía

- Carri, Roberto. 2001. “Del “bandolero social” al bandolerismo sociológico”, en *Isidro Velásquez. Formas pre-revolucionarias de la violencia*. Buenos Aires, Colihue.
- Gramuglio, María Teresa. 1979. “Continuidad entre la Ida y la Vuelta de ‘Martín Fierro’”, *Punto de Vista*, II, 7, noviembre.
- Gutiérrez, Eduardo. 1933. *Hormiga Negra*. Buenos Aires, J. C. Rovira Editores.
- Hernández, José. [1879] 2000. *La vuelta de Martín Fierro*. Edición digital: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Hernández, Carmen (ed.) basada en la 2ª ed. de Buenos Aires, Librería del Plata. En: www.cervantesvirtual.com
- [1897] 2000. *El gaucho Martín Fierro*. Edición digital: Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, basada en la de [S.I.], Librería Martín Fierro. En: www.cervantesvirtual.com
- 1967. “La ciudad y la campaña”, en *Vida de “El Chacho” y otros escritos en prosa*. Buenos Aires, CEAL.
- 1986. *Martín Fierro*. Buenos Aires, Biblos.
- Lois, Elida. 2003. “Cómo se escribió el *Martín Fierro*”, en Julio Schwartzman, Julio (dir. vol.). *La lucha de los lenguajes*, vol. 2 de Jitrik, Noé (director). *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires, Emecé.
- Mitre, Bartolomé. [1857] 1995. *Galería de celebridades argentinas: biografías de los personajes más notables del Río de la Plata*. Buenos Aires, en Arnoux, Elvira. *Los episodios nacionales: el proceso de construcción del relato patriótico ejemplar*, *Revista interamericana de bibliografía*. Vol. XIV, N° 3.
- Peña, Milcíades. 1973. *Alberdi, Sarmiento, el 90 - Límites del nacionalismo argentino en el siglo XIX*. Buenos Aires, Ediciones Fichas.
- 1975. *La era de Mitre*. Buenos Aires, Ediciones Fichas.
- Perro, Toto. 2008. “Bandolerismo a contrapelo. Felipe Pascual Pacheco, El Tigre del Quequén”, *El Zordo*, N° 6, año 2, junio-julio. Buenos Aires-Rosario.
- Rama, Ángel. 1982. “El sistema literario de la poesía gauchesca”, en *Los gauchipolíticos rioplatenses*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Rosa, Nicolás. 2006. “La Ficción proletaria”, *La Biblioteca*, N° 4-5, verano.
- Sarlo, Beatriz. 1979. “Razones de la aflicción y el desorden en ‘Martín Fierro’”, *Punto de vista*, II, 7, noviembre.
- Schwartzman, Julio. 1996. “El gaucho letrado”, en *Microcrítica*. Buenos Aires, Biblos.
- Verón, Eliseo. 2004. *Fragmentos de un tejido*. Buenos Aires, Gedisa.

CV

EMILIANO SCARICACIOTTOLI ES ESTUDIANTE DE LA CARRERA DE LETRAS, UBA, ADSCRIPTO DE LA CÁTEDRA TEORÍA LITERARIA III.